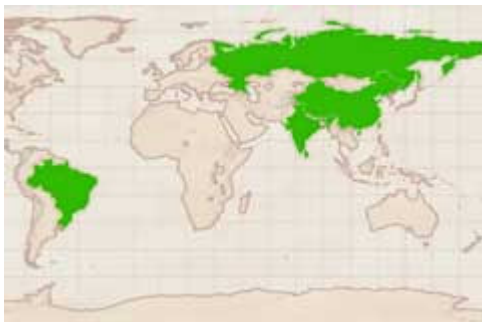


Enero 2008 – Editorial

Potencias emergentes Nuevos protagonistas

Por Alberto Barlocchi

Un puñado de nuevas potencias emerge –de algunas, sería más justo decir que vuelven a asomarse– en el escenario global. Suele designarse a este grupo con la sigla BRIC, acrónimo compuesto por las iniciales de Brasil, Rusia, India y China. Además de figurar entre las primeras 20 economías del planeta, estos países representan una porción importante de la humanidad: casi 2.800 millones de habitantes.



Brasil, del que acaso conocemos más, posee importantes recursos naturales en territorios aún por explorar. Su liderazgo en la región latinoamericana es indiscutible.

Rusia, si bien territorialmente limitada luego la implosión de la Unión Soviética, sigue siendo el país más extenso del mundo. Están bajo su control las más importantes reservas de petróleo fuera de Medio Oriente y vitales vías

de transporte de crudo y de gas. A pesar de que en los '90 dejó de ser una superpotencia –la única, ni qué decirlo, son los Estados Unidos–, Moscú posee un importante arsenal nuclear. Su rol en el escenario mundial es insoslayable tanto que el G7 (el grupo de las siete economías más poderosas) no tuvo más remedio que reconocerle el derecho de participar de él ampliándose a G8.

India y China juegan un rol totalmente peculiar. Su poderío militar tiene peso dentro de su ámbito regional, pero sin la aplastante capacidad estratégica de los Estados Unidos. Sin embargo, el reciente desarrollo económico y el acelerado crecimiento, que ya lleva años, está modificando la faz social del planeta al haber mejorado la vida de cientos de millones de habitantes, hasta ayer pobres. Entre ambos países suman casi 2.500 millones de habitantes, un mercado inmenso. La clase media india se estima en 300 millones de personas, y en 100 millones la de China, donde se amplía a razón de 13 millones al año. Si esta masa de ciudadanos, con su poder adquisitivo y su propensión al consumo, decidiera renovar de pronto sus electrodomésticos o sus autos, la industria mundial necesitaría años para satisfacer semejante demanda y crearía graves problemas medioambientales.

Este proceso continúa: anualmente, el crecimiento –más allá de los números “macro” y a los cuestionamientos que podríamos formular al modelo económico utilizado– promueve a decenas de millones de habitantes que dejan de ser pobres.

El fenómeno tiene además otros efectos. En el caso de Sudamérica, por ejemplo, gran parte del crecimiento de la región se debe principalmente al efecto “locomotora” de estas dos economías asiáticas, las cuales no son autosuficientes en materia de alimentos, materias primas y, sobre todo, combustibles.

Es paradójico que China e India lograran en nuestra región lo que no pudo o no quiso la Unión Europea pese a los inmejorables vínculos culturales existentes: provocar a través de una asociación comercial una sustancial mejora de nuestra situación económica y social. Amparada en su proteccionismo y en la salvaguarda de sus productos, Europa levantó barreras arancelarias que perjudicaron mucho la producción de nuestros países: se nos requería apertura comercial, pero sin un criterio de reciprocidad.

La presencia del BRIC en el escenario internacional arroja elementos nuevos, independientemente de que cuando nuestro análisis se interna en los pliegues de tan complejo fenómeno aparezcan no sólo luces, sino también sombras en cada uno de los casos. Pensemos en el tema de los derechos humanos, tanto en China como en Rusia.

Eso agrega ulteriores variables a la hora de pensar en las estrategias internacionales. Si la disminución de la pobreza, gracias a relaciones comerciales más igualitarias, dio resultados positivos en algunas regiones, bien podría ofrecerlos en otras más postergadas como África.

Estas formas de colaboración son además susceptibles de aplicación en áreas como la educación, la salud, la investigación y el conocimiento o la protección del medio ambiente.

Luego del paréntesis de unilateralismo al que parecía habernos arrojado el 11 de septiembre y la posterior guerra al terrorismo, se perfilan otros escenarios, aparecen nuevos interlocutores. Claro está, siempre y cuando adquiera más peso político la colaboración en detrimento del recelo y la competencia.

Sin necesidad de idealizarla, es una nueva oportunidad para subrayar que los mejores resultados se alcanzan cuando la humanidad asume como comunes los desafíos a los que nos lanza la irreversible globalización.